

## Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita a Don Gaspar de Guzmán, Conde Olivares en su valimiento

No he de callar por más que con el dedo,  
ya tocando la boca o ya la frente,  
silencio avises o amenazas miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy, sin miedo que, libre, escandalice,  
puede hablar el ingenio, asegurado  
de que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado  
severo estudio y la verdad desnuda,  
y romper el silencio el bien hablado.

Pues sepa quien lo niega, y quien lo duda,  
que es lengua la verdad de Dios severo,  
y la lengua de Dios nunca fue muda.

Son la verdad y Dios, Dios verdadero,  
ni eternidad divina los separa,  
ni de los dos alguno fue primero.

Si Dios a la verdad se adelantara,  
siendo verdad, implicación hubiera  
en ser, y en que verdad de ser dejara.

La justicia de Dios es verdadera,  
y la misericordia, y todo cuanto  
es Dios, todo ha de ser verdad entera.

Señor Excelentísimo, mi llanto  
ya no consiente márgenes ni orillas:  
inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,  
la vista por dos urnas derramada  
sobre las aras de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada,  
que fue, si rica menos, más temida,  
en vanidad y en sueño sepultada.

Y aquella libertad esclarecida,  
que en donde supo hallar honrada muerte,  
nunca quiso tener más larga vida.

Y pródiga de l'alma, nación fuerte,  
contaba, por afrentas de los años,  
envejecer en brazos de la suerte.

Del tiempo el ocio torpe, y los engaños  
del paso de las horas y del día,  
reputaban los nuestros por extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,  
sino de qué manera: ni aun un'hora  
lograba sin afán su valentía.

La robusta virtud era señora,  
y sola dominaba al pueblo rudo;  
edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo  
al corazón, que, en ella confiado,  
todas las armas despreció desnudo.

Multipliqué en escuadras un soldado  
su honor precioso, su ánimo valiente,  
de sola honesta obligación armado.

Y debajo del cielo, aquella gente,  
si no a más descansado, a más honroso  
sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo  
la mortaja, primero que el vestido;  
menos le vio galán que peligroso.

Acompañaba el lado del marido  
más veces en la hueste que en la cama;  
sano le aventuró, vengóle herido.

Todas matronas, y ninguna dama:  
que nombres del halago cortesano  
no admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Oceano  
era divorcio de las rubias minas  
que usurparon la paz del pecho humano.

Ni los trujo costumbres peregrinas  
el áspero dinero, ni el Oriente  
compró la honestidad con piedras finas.

Joya fue la virtud pura y ardiente;  
gala el merecimiento y alabanza;  
sólo se cudiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,  
ni el cántabro con cajas y tinteros  
hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España, con legítimos dineros,  
no mendigando el crédito a Liguria,  
más quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria,  
si se volvieran Muzas los asientos;  
que esta usura es peor que aquella furia.

Caducaban las aves en los vientos,  
y expiraba decrépito el venado:  
grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entonces bien diciplinado  
buscó satisfacción, y no hartura,  
y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura  
república de grandes hombres, era  
una vaca sustento y armadura.

No había venido al gusto lisonjera  
la pimienta arrugada, ni del clavo  
la adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fue principio y cabo,  
Y con rojos pimientos, y ajos duros,  
tan bien como el señor, comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros;  
de pués mostraron del carchesio a Baco  
el camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco  
eran recuerdo del trabajo honroso,  
y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin miedo un español velloso  
llamar a los tudescos bacchanales,  
y al holandés, hereje y alevoso.

Pudo acusar los celos desiguales  
a la Italia; pero hoy, de muchos modos,  
somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos,  
todos blasonan, nadie los imita:  
y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita  
la ballena, o la espuma de las olas,  
que el vicio, no el olor, nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas  
bien perfumadas, pero mal regidas,  
y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las hazañas mal vestidas,  
y aún no se hartaba de buriel y lana  
la vanidad de fembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana,  
que manchó ardiente múrice, el romano  
y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supo el gusano  
persuadir que vistiese su mortaja,  
intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,  
y entonces fue el trabajo ejecutoria,  
y el vicio graduó la gente baja.

Pretende el alentado joven gloria  
por dejar la vacada sin marido,  
y de Ceres ofende la memoria.

Un animal a la labor nacido,  
y símbolo celoso a los mortales,  
que a Jove fue disfraz, y fue vestido;

que un tiempo endureció manos reales,  
y detrás de él los cónsules gimieron,  
y rumia luz en campos celestiales,

¿por cuál enemistad se persuadieron  
a que su apocamiento fuese hazaña,  
y a las mieses tan grande ofensa hicieron?

iQué cosa es ver un infanzón de España  
abreviado en la silla a la jineta,  
y gastar un caballo en una caña!

Que la niñez al gallo le acometa  
con semejante munición apruebo;  
mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo  
en frentes de escuadrones; no en la frente  
del útil bruto l'asta del acebo.

El trompeta le llame diligente,  
dando fuerza de ley el viento vano,  
y al son esté el ejército obediente.

iCon cuánta majestad llena la mano  
la pica, y el mosquete carga el hombro,  
del que se atreve a ser buen castellano!

Con asco, entre las otras gentes, nombro  
al que de su persona, sin decoro,  
más quiere nota dar, que dar asombro.

Jineta y cañas son contagio moro;  
restitúyanse justas y torneos,  
y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos a trofeos,  
que sólo grande rey y buen privado  
pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que hacéis repetir siglo pasado,  
con desembarazarnos las personas  
y sacar a los miembros de cuidado;

vos distes libertad con las valonas,  
para que sean cortesés las cabezas,  
desnudando el enfado a las coronas.

Y pues vos enmendastes las cortezas,  
dad a la mejor parte medicina:  
vuélvanse los tablados fortalezas.

Que la cortés estrella, que os inclina  
a privar sin intento y sin venganza,  
milagro que a la invidia desatina,

tiene por sola bienaventuranza  
el reconocimiento temeroso,  
no presumida y ciega confianza.

Y si os dio el ascendiente generoso  
escudos, de armas y blasones llenos,  
y por timbre el martirio glorioso,

mejores sean por vos los que eran buenos  
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa  
os muestre, a su pesar, campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa;  
y cuando nuestras fuerzas examina  
persecución unida y belicosa,

la militar valiente disciplina  
tenga más platicantes que la plaza:  
descansen tela falsa y tela fina.

Suceda a la marlota la coraza,  
y si el Corpus con danzas no los pide,  
velillos y oropel no hagan baza.

El que en treinta lacayos los divide,  
hace suerte en el toro, y con un dedo  
la hace en él la vara que los mide.

Mandadlo así, que aseguraros puedo  
que habéis de restaurar más que Pelayo;  
pues valdrá por ejércitos el miedo,  
y os verá el cielo administrar su rayo.

Francisco de Quevedo. El parnaso español 1648

